JOSÉ EUGENIO SÁNCHEZ
DOS POEMAS

CARLOS VELÁZQUEZ
DAR EL TARJETAZO

RAÚL SILVA
ENTREVISTA A JOHN GIBLER

NÚM.297 SÁBADO 10.04.21

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

REFLEJOS DE UN MÉXICO CONVULSO

RAFAEL F. MUÑOZ Y LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN
EDUARDO ANTONIO PARRA

LAS BATALLAS EN EL DESIERTO CUARENTA AÑOS
ALEJANDRO TOLEDO

IN MEMORIAM

FRANCISCO HAGHENBECK
BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*

ADAM ZAGAJEWSKI
ALEJANDRO GARCÍA ABREU

VICENTE ROJO
GERARDO DE LA CRUZ

Arte digital > A partir de una imagen en sp.depositphotos.com > Luis de la Fuente > **La Razón**

EC_297_FINAL.indd 3 09/04/21 12:15

Desde hace décadas, el espacio literario *que conocemos como novela de la Revolución ha sido relegado —con todo y su etiqueta— al casillero de la literatura especializada, la que no es motivo de placer sino de estudio, como apunta este ensayo. Sin embargo, la potencia expresiva de las mejores piezas de este género requiere de una nueva lectura que restituya su "intención artística", la "verdad emocional y psicológica" de los personajes en su momento histórico: en suma, el aprecio de su calidad a toda prueba. Así lo hacen estas páginas, que encuentran en el caos, la ambición y los raudales de sangre derramada en aquellos años —hace un siglo—, el reflejo perturbador de la violencia y la barbarie que han azotado al país en los tiempos recientes: un reconocimiento doloroso que no admite concesiones.*

RAFAEL F. MUÑOZ

Y ESTE MÉXICO CONVULSO

EDUARDO ANTONIO PARRA

Durante la segunda mitad del siglo XX, salvo tal vez Mariano Azuela, leído por los estudiantes de preparatoria, y Martín Luis Guzmán —canonizado por la crítica como poseedor de la más brillante prosa narrativa de la lengua española—, el resto de los autores clasificados como novelistas de la Revolución sufrió una suerte de purgatorio que condenó a sus obras a dormir en los rincones de las bibliotecas, donde se acumula el polvo de la indiferencia de los lectores. No es que sus novelas y cuentos no se leyeran; su lectura fue dejada en manos de especialistas, académicos y estudiantes de Letras que se titulaban con tesis sobre ellas, con lo que se confirmaba la creencia de que se trataba de *libros para especialistas*, libros que se estudian pero no se leen.

¿A qué se debió esto?

Quizá a que, como casi desde el momento de su aparición estos libros fueron clasificados de modo peyorativo como narraciones testimoniales y se les encajonó en el subgénero novela de la Revolución, muchos de sus posibles lectores pensaron que eran relatos donde solamente se recreaban batallas, se hablaba de la grandeza de ciertos generales y, por lo tanto, no era necesario leerlos, pues su contenido nomás repetía lo que las películas de la Época de Oro ya habían mostrado hasta el hartazgo. Otros acaso creyeron que, al conformar una rama menor de la literatura nacional, se trataba de relatos repetitivos, y que bastaba leer uno o dos, más las referencias críticas del conjunto, para estar enterados de qué iban. Y al seguir esta tendencia se privaron de disfrutar la individualidad de grandes obras literarias. Entre las injusticias que este desdén provocó se halla el olvido al que fueron sometidas las obras de varios grandes narradores, uno de ellos, el chihuahuense Rafael F. Muñoz.

NO FUE SINO HASTA finales del siglo XX y principios del XXI, cuando algunos editores decidieron rescatar libros que consideraban indispensables y pusieron en amplia circulación los títulos *Vámonos con Pancho Villa* y *Se llevaron el cañón para Bachimba*, que una nueva generación tuvo acceso a estos relatos y encontró en ellos virtudes literarias antes ignoradas, una voz personalísima cautivadora, abocada a contar su mundo y su época,

Fuente > elem.mx

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter: @ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega
Director
@sanquintin_plus

Julia Santibáñez
Editora
@JSantibanez00

Facebook: @ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL
Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial › Adrian Castillo Coordinador de diseño › Carlos Mora Diseño › Paulina Hernández

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

y una visión de los tiempos revolucionarios que nada tiene que ver con las versiones oficiales. Esto provocó que un puñado de obras narrativas consiguiera encontrar a sus receptores ideales en el futuro —años después de la muerte de quien los escribió—, fuera del contexto en que fueron escritos, cuando ya las pasiones provocadas por las filias y fobias de los supervivientes de la guerra civil en México se habían apaciguado a causa del tiempo transcurrido. Los nuevos lectores —los de la actualidad— los leyeron no ya como noticias o testimonios de la guerra, sino como lo que son: relatos donde se plasman, con intención artística, la verdad emocional y psicológica de un puñado de personajes inmersos en una situación histórica determinada.

Y de nuevo tendríamos que preguntarnos: ¿A qué se debió esto?

En lo personal, creo que se pueden señalar varias causas para que el lector común —quien lee por placer o por necesidad, sin que nadie le "haya encargado la lectura"— llevara a cabo el redescubrimiento de los libros de Rafael F. Muñoz, y de otros de los llamados narradores de la Revolución.

Siempre he estado seguro de que las maneras de leer cambian con el paso de los años. Así como existen novelas y cuentos que en el momento de su publicación causan entusiasmo en los lectores y con el transcurso del tiempo pierden fuerza y actualidad, así también lo que en determinada época se considera una literatura *deficiente* o escrita con un *lenguaje insuficiente*, años después puede ser mucho más aceptada y valorada. Entonces, una novela como *Vámonos con Pancho Villa*, que en los años inmediatos a su aparición fue calificada como "fragmentaria", "episódica", casi periodística y escrita con un lenguaje más o menos pobre —al grado de que se consideraba mejor la película que sobre ella realizó Fernando de Fuentes—, es leída por algunos críticos del siglo XXI, entre ellos Jorge Aguilar Mora, como una obra maestra que, además de adecuar con exactitud su lenguaje al de sus personajes, nos revela la esencia de la idiosincracia de los revolucionarios que se afiliaron al villismo, de un modo que no supieron advertir las primeras generaciones de sus lectores.

OTRA CAUSA —y ésta me parece de mayor importancia— responde a que, como todo lector lee desde su momento histórico particular, inmerso en su propio contexto y en su propia cultura, quienes en este nuevo siglo que lleva ya dos décadas completas se enfrentan a las dos novelas de Rafael F. Muñoz o a sus tres libros de relatos —*Vámonos con Pancho Villa* y *Se llevaron el cañón para Bachimba*; *El feroz cabecilla y otros cuentos de la Revolución en el norte*; *El hombre malo, Villa ataca Ciudad Juárez y La marcha nupcial*; *Si me han de matar mañana*—, encuentran en sus páginas un reflejo de la situación del México actual. Es decir, pueden ver en los relatos inspirados hace poco más de un siglo el reflejo de lo que hoy se vive, donde la violencia campea en todo México, provocada por los enfrentamientos entre grupos rivales que, si

Fuente > elem.mx

Rafael F. Muñoz (1899-1972).

"LO QUE PUEDE AYUDARNOS A ENTENDER LA SITUACIÓN QUE MÉXICO HA VIVIDO DESDE LOS ALBORES DEL SIGLO XXI —UNA VIOLENCIA OMNIPRESENTE DONDE CADA AÑO LOS MUERTOS SE CUENTAN POR DECENAS DE MILES— ES LA LECTURA DE LAS NOVELAS DE LA REVOLUCIÓN".

bien hace cien años eran facciones revolucionarias o rebeldes, ahora son delincuenciales que muestran una rebeldía y una ferocidad semejantes.

Ya he asegurado en otras ocasiones que lo que más puede ayudarnos a entender la situación que México ha vivido casi desde los albores del siglo XXI —una violencia omnipresente donde cada año los muertos se cuentan por decenas de miles, donde hay poblaciones constantemente aterrorizadas, donde impera la impunidad— es la lectura o relectura de las novelas y los cuentos de la época de la Revolución. Luego de hacer esta afirmación, he notado gestos de incredulidad, ceños fruncidos, incluso muecas de burla. Lo entiendo: para quienes de veras *creen* que la lucha revolucionaria en el México de la segunda década del siglo XX se expandió a través del territorio con base en ideales que buscaban mejorar la vida de la población, resulta difícil, si no imposible, equiparar aquella etapa de nuestra historia con la de ahora, cuando en apariencia los únicos detonantes de tanta violencia y muerte son el afán de lucro y dominio territorial de grupos fuera de la ley. Pero basta leer los libros citados para darnos cuenta de que la gente de pueblos y ciudades sufría de un modo similar, hace poco más de cien años, la presencia de los grupos en pugna, las incesantes ejecuciones, los secuestros, los levantones y el espectáculo de cadáveres en los espacios públicos. Basta adentrarse en los relatos de Rafael F. Muñoz para entender que, así como hoy ocurre, entonces la principal motivación de los ejércitos, de las bandas, de las partidas armadas era conquistar y mantener el poder, quedar por encima de sus rivales y controlar los territorios a su antojo. Por eso a la lucha armada se le llamaba *la bola*, porque muy pocos sabían en realidad de qué se trataba pero todos se enrolaban en ella ya fuera por resentimiento, por ganas de "carrancearse" —como le decían entonces al saqueo— algo, por obtener algún beneficio personal, por el simple gusto de sentirse poderosos, de llevar a cabo con absoluta impunidad actos de barbarie; o quizá nomás porque sentían que estarían más seguros si le entraban a los balazos que quedándose en su pueblo a merced de cualquier gavilla.

¿Suena conocido?

POR SUPUESTO, con el triunfo de una de las facciones revolucionarias —la de los carrancistas, los sonorenses—, los historiadores oficiales y los ideólogos vinieron a tratar de explicar lo que había ocurrido y se creó la versión romántica de nuestra Revolución. Pero esto fue luego de que los vencedores eliminaran primero a sus rivales en el campo de batalla y, después, con la larga serie de asesinatos políticos que cribaron a sus aliados incómodos, consiguieran la tan ansiada supremacía. Sólo de este modo pudo crearse la versión oficial que nos habla de una Revolución heroica que se hizo con el fin de "alivianar a los jodidos", de mejorar las condiciones de vida de todos los campesinos y obreros, de establecer la democracia, de eliminar los privilegios y la corrupción, y todas las demás patrañas que —lo sabemos de sobra— sólo se decían para legitimar a los hombres en el poder.

Se dice que la Historia, como disciplina, existe para estudiar la evolución de las naciones, y que la Novela —la narrativa en general—, como arte, refleja la situación de los hombres y mujeres de ese mismo país. Tal vez ahí radique la superioridad de la literatura: en su libertad de expresión, en su capacidad de enfocar de manera directa al ser humano, de extraer sus verdaderas angustias y sus anhelos, de penetrar en sus emociones y en su psicología.

¿QUE NO HAY NADA que ver entre los hechos de la Revolución mexicana y entre los de la violencia que desde hace por lo menos tres lustros azota nuestro país? Acaso baste el recorrido por algunos de los relatos de Rafael F. Muñoz para convencernos de lo contrario.

Por ejemplo, "La cuerda del general", tal vez el único cuento del autor que roza el género fantástico. En él se narra cómo un capitán federal de apellido Peralta, quien tiene el vicio del juego, consigue hacerse de un trozo de la cuerda con la que fue ahorcado el líder del grupo rival, a fin de mejorar su suerte en las cartas y en la ruleta; pero este "encantamiento" sólo funciona hasta que el espíritu del muerto viene a recuperarla, provocándole un terror inaudito. Al margen de la trama fantástica, Muñoz en realidad nos presenta un cuadro sanguinario como telón de fondo. Antes de conseguir su amuleto, Peralta recibe órdenes del general Murguía de ejecutar a todos los enemigos que han caído en sus manos. Cuarenta prisioneros. El capitán Peralta los ahorca en persona uno por uno, colgándolos en los árboles de una calle de Chihuahua y dejando los cuerpos suspendidos ahí donde murieron para ejemplo y escarmiento de sus seguidores. La imagen de esas cuatro decenas de cadáveres que se balancean con el viento durante varios días ante los ojos de vecinos y transeúntes, ¿no es acaso similar a las de los cuerpos abandonados por los criminales de hoy en los puentes peatonales o en ciertas bardas para aterrorizar a los rivales, y a la población en general? Tal vez las razones de quienes lo hicieron sean distintas, pero tanto el hecho concreto como las consecuencias entre la gente del pueblo presentan muchas semejanzas.

En otro relato, "El buen bebedor", un comerciante en arte de Chihuahua, propietario de una especie de galería, en el momento en que cierra su negocio recibe la visita de un individuo de aspecto torvo que literalmente lo *levanta* sin que él sepa la causa ni las intenciones. Narrado en primera persona, el texto inicia con las siguientes palabras:

> El sábado, al mediodía, pensé en cerrar la tienda más temprano que de costumbre, y aun clausurar por unos días mi negocio. ¿Quién, durante los días de guerra, cuando la ciudad desfallecía bajo el terror implacable desplegado por los bandidos, iba a comprar los hermosos cuadros que yo vendía?

"HAY ENTRE LOS CUENTOS DE RAFAEL F. MUÑOZ UNO CAPAZ DE PONERLE LA CARNE DE GALLINA A CUALQUIER LECTOR. SE TRATA DE 'UN DISPARO AL VACÍO', UNO DE LOS POCOS RELATOS BREVES EN QUE APARECE DE CUERPO ENTERO EL GENERAL FRANCISCO VILLA".

SI NOS FIJAMOS en sus palabras, el narrador habla de una "ciudad desfallecida" bajo "un terror implacable", tal como muchas ciudades y pueblos mexicanos —del norte o de cualquier región ahora que la violencia se ha extendido a todo el país— lo han sufrido en el transcurso de tres lustros. Pero también hay que notar que, al referirse a los agresores, el narrador no los llama "revolucionarios" sino bandidos, que es como las víctimas suelen referirse a quienes ejercen violencia sobre ellas. En este relato el narrador-protagonista sufre un *levantón* y es encerrado después con otros hombres, desconocidos para él, que aguardan resignados el destino que sus captores les tienen reservado. Poco a poco el narrador advierte que algunos de sus compañeros de infortunio están ahí víctimas de una extorsión, por no haber pagado lo que los bandidos les exigían, y luego se da cuenta de que un hombre viene cada noche para escoger a los que serán ejecutados. En tiempos de la Revolución, los ciudadanos de a pie también sufrían *levantones*, cobros de piso, secuestros, extorsiones, semejantes en todo a los que ocurren en la actualidad.

Y si de violencia extrema hablamos, hay entre los cuentos de Muñoz uno capaz de ponerle la carne de gallina a cualquier lector. Se trata de "Un disparo al vacío", uno de los pocos relatos breves del autor en que aparece de cuerpo entero el general Francisco Villa quien, según lo narrado, podría equipararse con cualquier capo del crimen organizado de nuestros días.

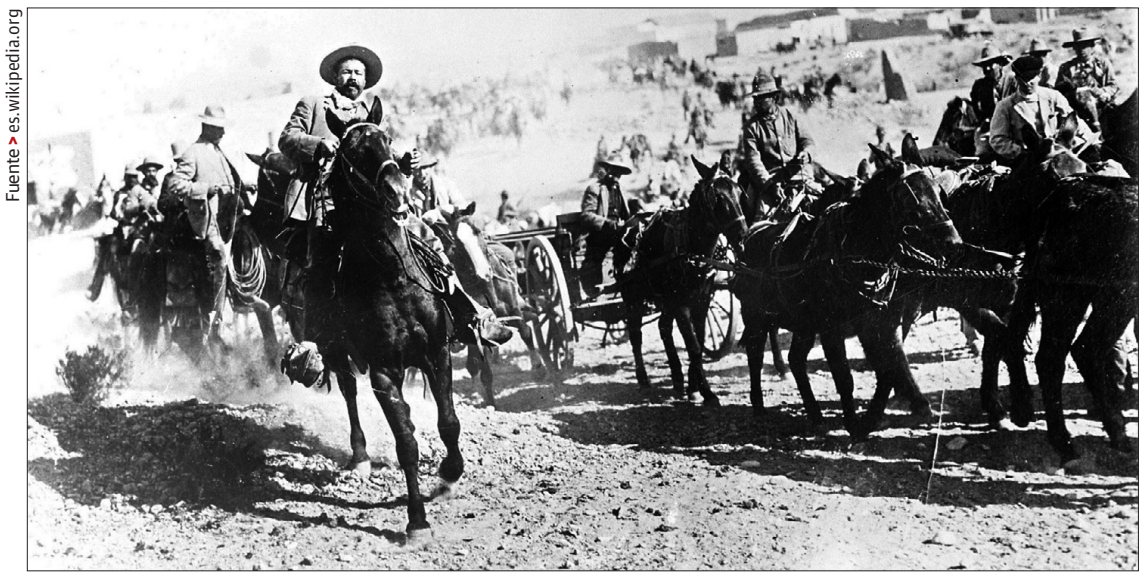
Tras un largo asedio a un pueblo en el que los combates han dejado bastantes muertos, Villa ofrece respetar la vida de los enemigos que depongan las armas de inmediato. Los soldados federales aceptan rendirse y los villistas entran al pueblo. Hacen formar a los prisioneros y a las soldaderas que los acompañan. Pancho Villa recorre las filas de los vencidos y les echa un discurso sobre la legitimidad de su lucha, alegando que continúa peleando por los pobres, aun cuando el gobierno de Carranza lo ha declarado fuera de la ley. A medio discurso se escucha un disparo: de las filas de las cautivas brotó un tiro de fusil en dirección del caudillo tratando de matarlo. Entonces Pancho Villa, enloquecido de ira, encara a las soldaderas:

> —Mujeres, ¿quién tiró?
>
> La masa onduló a la presión de los caballos, comprimióse todavía más, pero siguió en silencio.
>
> El cabecilla espoleó su caballo, que adelantó el pecho cuadrado hasta chocar contra las mujeres, piafando, levantándose sobre las patas de atrás y golpeando con sus cascos delanteros, al caer, cuerpos nerviosos que lo rechazaban.
>
> —¿Quién tiró? —(el hombre había desaparecido por completo quedando la bestia sanguinaria y brutal).
>
> Una mujer vieja, picada de viruelas, con una cicatriz que le caía de la frente por todo el carrillo, levantó el brazo en el centro del grupo y gritó:
>
> —Todas... ¡Todas quisiéramos matarte!
>
> El cabecilla retrocedió.
>
> —¿Todas? Pues todas morirán antes que yo.
>
> Y dio sus órdenes.

UNA DE LAS OBSESIONES que se advierten en la obra de Rafael F. Muñoz es la de estudiar la personalidad del caudillo y su relación con los hombres que lo siguen y apoyan. En este caso habla de Francisco Villa, pero en libros diferentes aborda otros, por lo que su interés, puede deducirse, se encaminaba hacia la figura del líder en general y lo que hace que la gente le brinde su apoyo incondicional. Por esta razón lo muestra sin tomar partido, en sus aspectos sublimes pero también en los más terribles, como puede advertirse en el castigo aplicado a las soldaderas anónimas que atentaron contra su vida, a quienes sus hombres atan con fuerza de cinco en cinco, de seis en seis.

> Los soldados vencidos fueron prontamente rodeados y encerrados en el interior de la estación, y mientras tanto, otros grupos de rebeldes fuéronse a las trincheras de leña para cambiarlas de sitio, haciendo una pira en el ángulo de un enorme hoyo, con paredes de tres metros de alto y cortadas como a pico, de donde

Fuente > es.wikipedia.org



El caudillo en *Vámonos con Pancho Villa*, la película de Fernando de Fuentes (1935-1936).

se sacaba tierra para hacer adobes. A culatazos los bandidos fueron empujando los haces de mujeres hacia el hoyo.

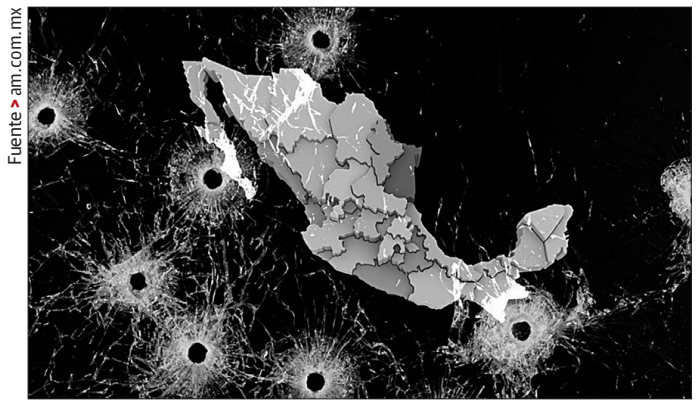
Si un mazo perdía la vertical porque no todas las mujeres atadas en él pudieran caminar en una misma dirección, lo empujaban para hacerlo rodar como un tonel. Lo empujaban a golpes, contestando los insultos con culatazos y, cuando llegaban con él al borde del hoyo, lo empellaban para que cayera sobre la leña amontonada.

Abajo, ocho o diez hombres, portando largos hachones de cuerda resinosa, prendieron fuego a la pira. Fuese levantando un humo azul, y se oyó crepitar el mezquite seco. Se escuchó de nuevo la tormenta de las voces, desbordando el hoyo la insolencia de los más violentos insultos, haciendo una atmósfera espesa de recriminaciones, de amenazas, de cólera extrahumana. El humo fue elevándose. La leña, completamente seca, sobre la que soplaba el viento que iba concentrando su fuerza en el ángulo del hoyo, ardió rápidamente. Quemáronse las ropas de las mujeres, los cabellos, y pronto olió a carne chamuscada.

El cabecilla adelantó su caballo hasta el borde del horno y alargó las manos, poniéndolas a calentar. Su boca de perro de presa sonrió ante el espectáculo, y las soldaderas que desde la pira, entre el humo y las llamas, pudieron verle, redoblaron sus disparos de voces violentas.

Tal vez una de las escenas más brutales de la narrativa mexicana, en la anterior queda por completo expuesto uno de los lados de la figura mítica de Francisco Villa: la del asesino sanguinario que no se detenía ante nada cuando la rabia lo atacaba. Hombre de contrastes en extremo violentos, que pasaba de la furia asesina a la más lacrimosa sensiblería, y viceversa, Villa fue, como caudillo indiscutible, uno de los principales objetos de observación de Rafael F. Muñoz y a quien le dedicó una buena parte de sus páginas literarias.

Del hombre, de la figura histórica, se ocupó por ejemplo en el volumen titulado *Pancho Villa, rayo y azote*, ensayo biográfico en el que aprovechó las memorias que el caudillo dictó de propia voz al doctor chihuahuense Ramón Puente, y que al hallarlas fragmentarias Muñoz completó con palabras propias tras el asesinato del exgeneral revolucionario en 1923 en la ciudad de Parral. Muy distintas en estilo a las *Memorias de Pancho Villa* escritas por Martín Luis Guzmán —quien también aprovechó dictados de la voz directa de su protagonista—, en las de Muñoz se nota esa actitud ambivalente ante el biografiado que no se deja dominar ni por la admiración ni por la repulsión, sino que trata de comprenderlo haciendo un esfuerzo por alcanzar la objetividad. Desde la perspectiva de nuestro autor, Pancho Villa es terrible, pero terrible en el sentido de que, al ser demasiado grande, un gigante, lo mismo puede resultar a los


Fuente > am.com.mx

demás benéfico que perjudicial. No lo califica. No es su intención. Lo que le interesa es conocerlo y darlo a conocer. Comprenderlo. Entender en qué consisten sus grandezas y miserias.

Así lo hizo también al escribir esa magnífica biografía que se titula *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, en la que aborda la historia del hombre más importante de este país durante las primeras décadas de su existencia. Con una prosa rápida y un estilo poético y luminoso, Rafael F. Muñoz se adentra en la personalidad de quien, junto con Victoriano Huerta, tal vez sea el máximo villano de nuestra historia nacional, y al hacerlo consigue que sus lectores empaticemos con él, con Santa Anna, que lo conozcamos a fondo, y que concluyamos que quienes lo hicieron cometer tantos errores, quienes lo convirtieron en un vendepatrias, fueron los hombres y mujeres que habitaban México en ese tiempo, es decir, la gente. Los mexicanos. Quienes rodeaban a Santa Anna fueron los responsables de que ocupara once veces la presidencia del país, así como quienes rodeaban a Francisco Villa le dieron la estatura del caudillo que fue, con sus errores y sus virtudes. La gente. Y es la gente, también, sobre lo que Rafael F. Muñoz enfoca la mayor parte de sus páginas narrativas. Es la gente, el pueblo, la que protagoniza sus dos únicas novelas.

En *Se llevaron el cañón para Bachimba*, la más lograda desde el punto de vista literario, si bien en el ejército que aparece en la novela el caudillo es Marcos Ruiz, general orozquista en rebelión contra el gobierno de Francisco I. Madero, el narrador, que lo registra todo y lo pone en palabras al alcance de los lectores, es el adolescente Álvaro Abasolo, quien adopta la voz del pueblo para contarnos lo que sucede en las largas marchas, los campamentos, las batallas y las largas conversaciones con el caudillo que le explica los motivos de la rebelión y la lucha.

Un joven casi niño que página tras página entiende la esencia del movimiento rebelde en que se metió, y con el conocimiento mismo de lo que vive adquiere cada vez más madurez, hasta hacer de este relato acaso la primera novela de aprendizaje de la literatura mexicana del siglo XX. Una novela en que la visión semiinfantil del narrador se mezcla con la belleza parca del paisaje del estado de Chihuahua y con los acontecimientos sociales, violentos como en cualquier época de guerra, hasta ofrecernos un panorama integral de la vida en el norte de México, un estudio de la psicología norteña. Una novela perfecta, escrita con un ritmo hipnótico que nos mantiene atados a sus páginas de principio a fin.

Y es la gente, por supuesto, la verdadera protagonista de *Vámonos con Pancho Villa*. No sólo el grupo de amigos que forman los personajes principales, conocidos como "Los Leones de San Pablo", sino todos los miembros de la División del Norte que participan en la batalla de Torreón, parte medular del relato. La gente. Incluso el mismo Francisco Villa aparece apenas, por lo que podemos deducir que lo que en verdad atraía al autor no era la persona del general, sino el efecto que su presencia cercana o lejana provocaba en los demás. Dicho de otro modo, lo que en verdad obsesionaba a Muñoz no era Villa sino el villismo. La influencia del caudillo sobre la masa y el porqué de esa influencia. El sentir de la gente y sus conductas, sufrimientos y satisfacciones. Por eso esas escenas finales de la novela que han desconcertado a generaciones de críticos y lectores, que las han considerado más allá de toda moral establecida y, por ende, inverosímiles, al grado de que, cuando filmaron la película basada en la novela, tuvieron que grabar dos finales por temor a que el público se desconcertara también y se convirtiera en un fracaso de taquilla. Me refiero a la actitud del protagonista, quien, luego de que Pancho Villa asesina a su mujer y a sus hijos, vuelve a seguir al caudillo, a serle fiel, a protegerlo de los enemigos que lo persiguen.

Si algo se percibe al leer la obra de Rafael F. Muñoz es el retrato o reflejo de un México convulso —sea el de la época de Santa Anna o el de tiempos de la Revolución—, en el que reinan la violencia y el caos. Un México donde la población civil, la gente de pie, se halla sin protección alguna, a merced de las decisiones de quienes detentan los poderes fácticos: caudillos militares, bandoleros desbalagados de sus organizaciones principales, norteamericanos que invaden el territorio nacional en busca de lo que ellos consideran delincuentes, aventureros solitarios dispuestos a atracar, robar o secuestrar, asesinos de gatillo fácil y poca paciencia. Un país donde las personas habitan una incertidumbre perpetua. El México, sí, de hace poco másde cien años, pero demasiado semejante al México de hoy.

Desde este punto de vista, la lectura de los libros de Muñoz, la de todos los llamados novelistas de la Revolución, además de satisfacer nuestra lectura con su calidad indiscutible, con su gran conocimiento de la naturaleza humana, bien puede ayudarnos a conocernos a nosotros mismos y a entender estos tiempos, aún convulsos, donde por suerte o por desgracia vivimos.

"DESDE LA PERSPECTIVA DE NUESTRO AUTOR, PANCHO VILLA ES TERRIBLE... AL SER DEMASIADO GRANDE, LO MISMO PUEDE RESULTAR BENÉFICO QUE PERJUDICIAL".

Esta nouvelle *de José Emilio Pacheco es uno de los momentos fundamentales, una especie de clásico inmediato en la narrativa del también poeta y autor enciclopédico, sin duda entre los escritores más apreciados por el público en el México reciente. El rigor infatigable, la amabilidad y calidez humana, el sentido trágico o apocalíptico de la existencia personal y citadina, son testigos de los vientos del progreso inducido por la Revolución mexicana, que establece a su vez un nuevo orden de privilegios.*

Cuarenta años de Las batallas en el desierto

SE ACABÓ ESA CIUDAD, TERMINÓ AQUEL PAÍS

ALEJANDRO TOLEDO
@ToledoBloom

Como se sabe, *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco, se publicó por vez primera el 7 de junio de 1980 en el suplemento *Sábado* del diario *Unomásuno*. Al año siguiente fue incorporada al catálogo de la editorial Era. En una visita a su casa, cuando le presenté a Pacheco mi ejemplar, una cuarta reimpresión de 1984, tomó al instante su pluma atómica y fue a la página 36, donde inicia el "Capítulo VII. Hoy como nunca", y corrigió el arranque. Decía: "Hasta que un día de los que me encantan y no le gustan a nadie, sentí que era imposible resistir más. Estábamos en clase de lengua nacional como le llamaba al español"; y debía decir: "Hasta que un día *nublado* de los que me encantan y no le gustan a nadie, sentí que era imposible resistir más. Estábamos en clase de lengua nacional como le llamaba*n* al español". Los subrayados son míos.

La *nouvelle* empieza preguntando qué año era aquel que surge en la memoria. "Me acuerdo, no me acuerdo". Al dedicarme el libro, Pacheco me dio, creo, la fecha exacta. Era una doble cortesía, una manera de decir a su visitante que lo conocía bien y sabía incluso en qué año había nacido, a la vez que le proporcionaba una clave de lectura. Escribió: "Para Alejandro esta historia anterior en 15 años a su nacimiento". A 1963 había que restarle quince, para llegar a 1948, cuando "ya había supermercados pero no televisión, radio tan sólo".

Es la posguerra. Para el impensable 1980 se auguraba, leo, "un porvenir de plenitud y bienestar universales". Esa década de los ochenta es el extremo, en la línea del tiempo, desde el que se narra la historia. Por eso en la cinta de Alberto Isaac (que a Pacheco, con razón, le pareció atroz) vuelve Carlos en los años ochenta a la Ciudad de México para asistir al funeral de su padre y recuerda, sumido en el tráfico del Periférico, aquel tiempo de su infancia, la época del alemanismo: Miguel Alemán Valdés gobernó del 1 de diciembre de 1946 al 30 de noviembre de 1952.

Sigamos haciendo cuentas: leo también en la novela que si Mariana viviera en el año 1980 tendría sesenta años. En 1948 tenía, pues, 28 (así ella lo afirma). Y habría cumplido cien en el 2020.

Estos son números que cifran *Las batallas en el desierto* y nos ayudan, acaso, a descifrarla.

Uno es el tiempo y otro es el lugar. Se va de lo general a lo particular: un país, México; una ciudad, entonces llamada oficialmente Distrito Federal; y una colonia, la Roma. Es todo un ejercicio de geolocalización, como si se tratara de un dispositivo móvil, el libro, que nos ubica en la historia con gran precisión: "La calzada de laPiedad, todavía no llamada avenida Cuauhtémoc, y el parque Urueta formaban la línea divisoria entre Roma y Doctores. Romita era un pueblo aparte. Allí acecha el Hombre del Costal, el Gran Robachicos".

Fuente > culturacolectiva.com

José Emilio Pacheco (1939-2014).

> "UNO ES EL TIEMPO Y OTRO ES EL LUGAR. SE VA DE LO GENERAL A LO PARTICULAR: UN PAÍS, MÉXICO; UNA CIUDAD, LLAMADA DISTRITO FEDERAL; Y UNA COLONIA, LA ROMA".

Geolocalizador y, a la vez, máquina del tiempo.

Encuentro, en este sentido, notables coincidencias con el filme *Roma* (2018), de Alfonso Cuarón, pues comparte la misma geografía, aunque la época es otra, los años setenta y el sexenio de Luis Echeverría. Lo similar es que se registran recuerdos de infancia en una recuperación minuciosa, aunque la anécdota central sea distinta: en un caso, el enamoramiento del pequeño Carlos de una mujer mayor, la mamá de Jim, su compañero de la escuela; y, en el otro, la cercanía que logra tener un pequeño con su nana durante el proceso de separación de sus padres.

La mirada se ajusta en ambos casos para observar y recuperar, a lo Proust, un tiempo perdido. País, ciudad y colonia son comunes; es el mismo barrio en dos sexenios diferentes (el alemanismo marcado por los enriquecimientos súbitos y el echeverriato por las represiones) y con dos destinos que se cumplen de manera distinta.

No sé, por otro lado, si a la cinta *Roma* pueda aplicarse el término literario *bildungsroman*, novela de iniciación o de aprendizaje, usualmente referido al nacimiento del interés sexual en los jóvenes y la transición entre la niñez y la vida adulta. Aquí sus parámetros son otros. En *Las batallas en el desierto* esto es más que claro, lo mismo que en otra *nouvelle* mexicana (también, curiosamente, de los años ochenta): *Elsinore: un cuaderno* (1988), de Salvador Elizondo, en las que el objeto del deseo es una mujer mayor. Agregaría, como una variación que me parece significativa, un tercer título: *La migraña* (2012),

publicación póstuma de Antonio Alatorre, en donde el descubrimiento (sexual, erótico) se da no a partir del cuerpo ajeno sino del cuerpo propio. Tres novelas cortas mexicanas que son, las tres, novelas de aprendizaje.

En *Las batallas en el desierto*, la escena central ocurre en aquel día nublado de los que le encantan al narrador: "De algún modo los dos nos sentamos en el sofá. Mariana cruzó las piernas. Por un segundo el kimono se entreabrió levemente. Las rodillas, los muslos, los senos, el vientre plano, el misterioso sexo escondido".

Elsinore también ocurre en la posguerra, entre 1945 y 1946; la mujer de la que el muchacho se enamora es Mrs. Simpson, la maestra de baile. Esto que transcribo aplica a ambas novelas: "La pasión por una sola mujer nunca es más intensa ni más aparatosa, espiritualmente hablando, que en la adolescencia, mientras es uno todavía capaz de desear tan intensamente sin ninguna esperanza de ser correspondido".

EN LAS DOS NARRACIONES existe un referente femenino que viene de la pantalla: Rita Hayworth. Y una fuga escolar que es alimentada por el deseo.

En *La migraña*, ya lo dije, se descubre el cuerpo propio, en esta gran epifanía:

> Y yo estoy aquí, mis pies fieles y firmes allá abajo, transmitiéndome el don de la frescura mientras el cielo está incendiado de sol, y luego mis piernas, mis rodillas (con los callos que atestiguan las horas que pasamos en la capilla), mi vientre, mi ombligo; y mis tetillas, mis brazos, mis manos teatralmente abiertas; y el sexo allí en el centro, hinchado y erguido. ¡Soy yo! ¡Soy yo! Yo, entero, yo con todo lo que tengo. Me reconozco, me saludo. Mi desnudez me reviste de mí mismo.

Me acuerdo, no me acuerdo: *Las batallas en el desierto* cumple cuarenta años de haber sido publicada como libro. Así son los ciclos que provoca esta novela, de cuatro décadas cada uno: años cuarenta (lo que se cuenta), los ochenta (desde donde se cuenta), los nuevos veinte (la celebración de una obra)... En pocas páginas resume un tiempo y un lugar con todos sus matices (el México de la posguerra, la corrupción alemanista) en torno a una historia de amor de realización imposible; y da testimonio, a la vez, de la destrucción sufrida y por venir, como si intuyera, en el comienzo de los años ochenta, el terremoto que dejaría en ruinas esta ciudad a mediados de esa década:

> Demolieron la escuela, demolieron el edificio de Mariana, demolieron mi casa, demolieron la colonia Roma. Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia.

Las batallas en el desierto es un dispositivo no electrónico con funciones de geolocalización y máquina del tiempo; y, además, un libro de presagios.

DOS POEMAS

JOSÉ EUGENIO SÁNCHEZ

matizando los brochazos del viento

hace aproximadamente 400 mil años
los animales comenzaron a desarrollar el miedo a los humanos
quienes atraídos por la carne la grasa el plumaje y el marfil
se adentraron en el frío aprovechando un deshielo de siberia
para cruzar desde alaska hasta la tierra de fuego
y en 2 mil años
acabar con 34 de los 47 géneros de mamíferos grandes en norteamérica
y con 50 de los 60 en sudamérica
y antes
en la primera migración transmarítima de afroasia a australia
desaparecimos por completo la fauna que ahí vivía
pero como somos insaciables
(y moralistas)
ahora vamos exterminar los animales de los dibujos animados

en el pico más alto de la pandemia

por primera vez he pensado seriamente en comprarme un culo de látex
venden unas monas de tamaño humano
las hacen aquí en san marcos
pero no tienes que comprarla completa
puedes adquirir sólo el culo
vale 499 dólares
en cambio la muñeca entera 2499
digo: si te acompaña a cenar & netflix and chill
juega a la ouija y le presentas a su suegra y le haces la estética tú mismo
en tres meses se amortiza la inversión
pero son de plástico
eso significa que en invierno estará a 5º
y tarde o temprano buscarás otra
y lo espectacular del culo
es que lo puedes envolver en una toalla
y meterlo al micro por 30 segundos
y calentarlo como calientas una pizza
aunque me llama la atención que en los videos tutoriales
las personas que aparecen ahí
eyaculan afuera del hoyo
y temo que tal vez se requiera un caro equipo especializado
[para limpiar orificios y no quede pegajoso
o sea un efecto de los tiempos actuales
que no te comprometen con el culo
sino con los artículos de limpieza

JOSÉ EUGENIO SÁNCHEZ (Jalisco, 1965) es poeta, autor de los libros *La felicidad es una pistola caliente* (2004), *Escenas sagradas del oriente* (2009), *Galaxy limited café* (2011) y *Jack Boner & the rebellion* (2014), entre otros. Los poemas que publicamos forman parte, respectivamente, de los libros *esas tardes de lluvia donde hay más charcos en tu alma que en las avenidas* y *detalles que descubriría la policía al ver mi whatsapp*.

El domingo 4 de abril, las redes sociales se inundaron de comentarios y condolencias por el fallecimiento del escritor Francisco Haghenbeck, a los 56 años. Fue personaje muy querido en el medio cultural mexicano, habitual de encuentros literarios. BEF, *su amigo entrañable, ha dicho que pudo ver en él "al hermano mayor que nunca tuve", con quien conformaba una pareja de cómic "tipo Mutt y Jeff". Aquí ofrece un vistazo a su obra, además de comentar aspectos de la vida íntima del autor y de la enfermedad que a final de cuentas se lo llevó.*

HAGHENBECK: MI COMPAÑERO DE PATRULLA

BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*
@monorama

Sabía que tenía poco tiempo.

Lo supo cuando, hace años, le diagnosticaron insuficiencia renal crónica. Él citó a Isaac Asimov al ser desahuciado: "Habrá que escribir más rápido". Lo suyo fue una carrera contra el tiempo.

Nos conocimos hace media vida, en una tienda de cómics. Ambos leíamos *Sandman*, que escribía Neil Gaiman. Años después, en 1999, nos rencontramos cuando lanzó, junto con Humberto Ramos y Óscar Pinto, la serie de cómics *Crimson*, sobre un vampiro adolescente. Cocreada por ellos tres, gozó de gran éxito en el cómic norteamericano. Por aquel tiempo escribió un guion para el *Annual #12* de Superman —era agosto de 2000. Un hito temprano en su carrera.

Ya desde entonces hacía equipo imbatible con su hermosa chef, como él la llamaba, Lillyan Funes, su gran amor, faro y sostén de su vida personal y profesional. Jamás publicó una palabra que no fuera leída y comentada con ella. Hace trece años se unió al tándem Arantza, su hija.

Foto > Cuartoscuro

Francisco Haghenbeck (1965-2021).

ARQUITECTO DE FORMACIÓN y veterano de la producción audiovisual y la museografía, Paco era un buen dibujante. Yo incluí una historieta breve escrita y graficada por él en *Pulpo Cómics*, antología de cómic autoral que edité en 2004. Él hizo lo propio, invitándome a una colección de historietas de prevención del crimen para la entonces Delegación Iztapalapa, titulada *Los siete delitos capitales*.

Lo anterior es, de alguna manera, la prehistoria literaria de Haghenbeck. Cuando en 2005 mi libro *Tiempo de alacranes* ganó el primer premio de novela policiaca Otra vuelta de tuerca, Paco me llamó para felicitarme. "Deberías animarte, escribes muy bien", le dije.

Un año después recibí otra llamada suya:

—Gané, ¡gané! ¡Ganééé! —me dijo. Se me llenan los ojos de agua al recordar su entusiasmo.

Así se publicó en 2006 *Trago amargo*, la primera novela de la trilogía protagonizada por el detective chicano beatnik Sunny Pascal. Fue el inicio de una carrera meteórica que habría de abarcar más de dos docenas de títulos, entre novelas, antologías, libros infantiles y cómics. A partir de ese momento se convirtió en una auténtica máquina, publicaba varios libros anualmente.

De esos primeros años data una deliciosa fantasía sobre Frida Kahlo, *Hierba santa*, que publicó originalmente con pseudónimo por la cercanía con otros títulos suyos. Éste, su libro más traducido, se convirtió en un éxito de ventas en el competido mercado alemán.

YA NADA LO DETUVO. Sus historias se multiplicaron en direcciones tan fascinantes como diversas. La suya es una literatura que se coloca del lado del lector, para fascinarlo y seducirlo. No faltaron los colegas envidiosos, que criticaban agriamente lo pródigo que era. A ellos los reto a que me señalen *una sola* mala novela de Paco.

La suya no era una escritura frívola. Lector y cinéfilo voraz, sus universos estaban fuertemente cimentados en la tradición que más le fascinaba: la de la literatura del asombro, una apuesta arriesgada que jamás soslayó los retos. Lo demostró en las que acaso sean sus novelas más ambiciosas, *La primavera del mal*, híbrido de novela histórica y *noir* sobre los orígenes del narco mexicano, y *Querubines en el infierno*, la épica olvidada de los soldados chicanos en la Segunda Guerra Mundial.

Quizá su libro más conocido sea *El Diablo me obligó*, fantasía oscura protagonizada por Elvis Infante, brujo dedicado a cazar demonios para lanzarlos a pelear en un circuito ilegal. Ésta habría de ser adaptada a una serie de Netflix, *Diablero*, que ya tiene dos temporadas.

Fue también curador de varias exposiciones, entre otras la exitosa Disney en México, que el público abarrotó en la Cineteca Nacional.

Hombre generoso, era proclive a las colaboraciones. Prueba de ello son numerosos cómics y álbumes infantiles con varios ilustradores. Una de ellas, nuestra novela gráfica juntos, *Matar al candidato*, sobre la muerte de Colosio.

ME DEBATO entre mantener el tono formal de estas líneas o descarrilarme por lo emotivo. Nuestra complicidad nos hacía llamarnos "compañeros de patrulla" de la novela policiaca. Fuimos una dupla constante en ferias de libros y festivales literarios.

La cercanía me permitió conocer de primera mano sus tribulaciones médicas y acompañarlo en más de una ocasión al hospital. Era imposible saber lo mermada que estaba su salud ante su expresión sonriente. Pero su llama se apagaba y él lo sabía. "Tú nos vas a enterrar a todos", le decía para exorcizar mis miedos. Él sonreía, callado. Ya tenía que hacerse hemodiálisis constantes. Lo tomaba con su habitual optimismo. "Leo mucho mientras estoy conectado", decía.

Hace diez días, una crisis de fiebre lo llevó al hospital en su natal Tehuacán. A pesar de dar negativo al virus de Covid-19, le encontraron anticuerpos. Una placa pulmonar reveló principios de neumonía. Se solicitaron con gran éxito donadores de sangre, por un momento pareció que se recuperaría. No fue así.

FRANCISCO HAGHENBECK, el escritor mexicano más traducido de su generación, perdió la batalla hace unos días, el domingo 4 de abril. La noticia inundó las redes. Las condolencias y los testimonios de amistad y admiración se multiplicaron como un pequeño consuelo contra el dolor de su ausencia. Deja atrás a su esposa e hija, así como docenas de proyectos en los que estaba trabajando.

Hoy, Paco ya es inmortal a través de las historias que concibió.

Mantengámoslo vivo, leyéndolo.

Ganador del Premio Princesa de Asturias de las Letras 2017, la obra del poeta Adam Zagajewski, fallecido en el mes de marzo nos es familiar en Hispanoamérica, gracias a traducciones publicadas por las editoriales Acantilado y Pre-Textos. En el siguiente ensayo, Alejandro García Abreu evoca a partir de la lectura y la imaginación al escritor que defendía los adjetivos "porque Hemingway y sus seguidores los agredieron injustamente", y además consideraba que "no hay poesía sin ironía, sin un ingrediente de sentimiento religioso".

HOTEL ZAGAJEWSKI

ALEJANDRO GARCÍA ABREU

A Mercedes Monmany

El poeta, ensayista, traductor y novelista polaco presentó la imagen literaria de un tordo que perdió una pluma gris y mencionó la luz tenue del amanecer que penetró su habitación en un establecimiento hotelero. Imagino a Adam Zagajewski (Lwów, actualmente Ucrania, 1945-Cracovia, 2021) indagando en torno al fuerte sentimiento de dolor del exilio, sentado a la mesa de su cuarto de hotel.

Zagajewski incluyó el siguiente fragmento en su antología *Polish Writers on Writing* [*Escritores polacos. El oficio de escribir*]: "En los cafés de Varsovia, al igual que en los cafés de todo el mundo, había una necesidad de 'idea y fe', cuyo resultado fue que los escritores comenzaron a creer". El café —espacio evocado como recinto de intercambio intelectual, área de socialización indispensable— se contrapone a la soledad de la habitación del hotel.

En otra parte —un café irlandés—, los editores de *The Dublin Review* aseveraron sobre el ámbito del idioma inglés: "Se habla bastante sobre Adam Zagajewski, quien, junto con Czesław Miłosz y Wisława Szymborska, es uno de los más célebres de Polonia".

Visito la Cracovia de Zagajewski, como sugiere Martín López-Vega: "tener ante sí una fotografía aérea del centro de Cracovia con leyendas en inglés, un mapa pensado para turistas. De pronto [Zagajewski] se ve como un turista en la ciudad de su juventud, en las calles que ya le recorren a él por dentro más de lo que él las recorre a ellas por fuera".

Regreso al hotel imaginario. "La geografía de Adam Zagajewski es una sucesión de exilios. Al poco de nacer, su ciudad natal, la entonces polaca Lwów (hoy la ucraniana Lviv), capital de Galitzia, fue anexionada por la Unión Soviética. [...] Sólo a mediados de los sesenta descubriría el poeta su ciudad natal. Tras la contienda, como tantas otras, su familia había sido trasplantada a la fuerza a Gliwice, en la región de Silesia", aseveró Juan Manuel Bonet.

"En 1963 se instaló en Cracovia, la capital cultural polaca, en cuya universidad, la Jagellónica, estudió filosofía y psicología. En 1970 se unió al grupo de disidentes polacos Teraz (Ahora) y comenzó a escribir poemas, adscribiéndose a la llamada Generación del 68 o de la Nueva Ola", recuerda Andrés Seoane.

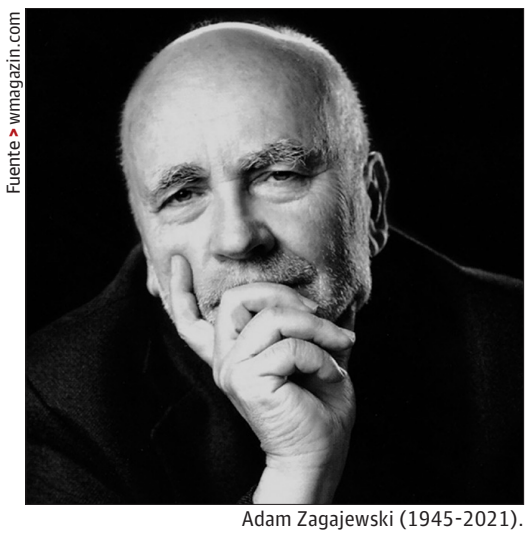
Sufrió la censura y escapó de ella. Durante la década de los ochenta vivió en París, luego de establecerse temporalmente en Berlín. En los noventa residió en Estados Unidos y volvió a Cracovia en 2002.

Gracias a los exquisitos editores Jaume Vallcorba (Tarragona, 1949-Barcelona, 2014) y Sandra Ollo (Pamplona, 1977) abundan las traducciones de su obra al castellano. El catálogo de Acantilado —editorial dirigida actualmente por Ollo— incluye *Tierra del fuego*, *En defensa del fervor*, *Deseo*, *Dos ciudades*, *Antenas*, *Solidaridad y soledad*, *Mano invisible*, *Releer a Rilke*, *Asimetría* y *Una leve exageración*. Pre-Textos publicó *En la belleza ajena* y *Poemas escogidos*. El crítico Joachim T. Baer, en *World Literature Today*, resumió los temas de Zagajewski: "la noche, los sueños, la historia y el tiempo, el infinito y la eternidad, el silencio y la muerte".

El silencio cae sobre las ausencias de Zagajewski: las ciudades que conformaron parte de su trayecto y los recuerdos de personas queridas. El escritor despliega retratos conmovedores.

Testigo de tiempos oscuros, su obra revela pérdidas, una en particular: se despidió de su padre constantemente. En "Cazadora verde", incluido en *Mano invisible* y traducido por Xavier Farré, se lee: "Cuando mi padre iba por París, / a menudo con su cazadora verde / que se había hecho coser a medida / (uno de los pocos lujos / en su más bien modesta vida), / cuando pasaba largas horas en el Louvre, / estudiando las obras de Corot y de otros / pequeños maestros de siglos pasados, / no sabía aún, no podía saber, / cuánta destrucción se ocultaba / en los años que tenían que llegar, / como si aquella cazadora verde / le trajera mala suerte, / pero ahora lo entiendo, / sospecho que la catástrofe / estaba cosida en toda su ropa, / independientemente del color y de la forma, / e incluso los más grandes maestros de la pintura / aquí no podían ayudar en nada".

> "EL SILENCIO CAE SOBRE LAS AUSENCIAS DE ZAGAJEWSKI: LAS CIUDADES QUE CONFORMARON SU TRAYECTO Y LOS RECUERDOS DE PERSONAS QUERIDAS".


Fuente > wmagazin.com

Adam Zagajewski (1945-2021).

Antenas, también traducido por Xavier Farré, contiene "En un piso pequeño". Lleva el epígrafe: "Le pregunto a mi padre: / ¿qué haces todo el día? Recordar". El poema concluye con la evocación del siglo pasado: "Tu memoria trabaja en este piso callado: trabajas, / metódico, en silencio, para resucitar por un instante / el doloroso siglo XX".

Pienso en el exilio y en la pérdida. El hotel resulta entonces el recinto por antonomasia del exiliado. Lo demuestra "Nuevo hotel", perteneciente a *Mano invisible*, en versión de Farré. El poema evoca el pasado de su familia y condensa en una habitación las quimeras de Adam Zagajewski: "[Cracovia] // En febrero los álamos, helados, son aún / más delgados que en verano. Mi familia / está dispersada por toda la tierra, bajo tierra, / en varios países, en poemas, en cuadros. // Es mediodía, estoy en la plaza Na Groblach. / A veces venía por aquí para visitar (un poco / por obligación) a mis tíos. / Ellos no se quejaban ni siquiera del destino // o del sistema, sólo que sus caras recordaban / una librería de viejo vacía. / Ahora en esa casa viven otras personas, / desconocidas, el olor de una vida ajena. // Cerca de allí construyeron un nuevo hotel, / habitaciones claras, desayunos sin duda *comme il faut*, / zumo, café y tostadas, vidrio, cemento, / olvido, y, de repente, sin saber cómo, / un momento de una penetrante alegría".

El poeta Stanisław Barańczak dijo de Adam Zagajewski: "El único país verdadero, la auténtica patria de un individualista, está confinada a la circunferencia de su cráneo". El escritor polaco afirmó por su parte: "Perdí dos patrias, pero busqué una tercera: un espacio para la imaginación". Es la piedra central y superior de la bóveda del Hotel Zagajewski.

Diseñador gráfico, editor y artista plástico, en la segunda mitad del siglo XX su nombre se asoció de forma indisoluble al movimiento cultural en nuestro país. Nacido en España y baluarte del abstraccionismo, Vicente Rojo decía que en sus obras intentaba mostrar escenas íntimas, de modo que cada pieza pudiera ser percibida por el espectador como un susurro o un canto. Gerardo de la Cruz conoció a ese hombre pequeño, "de facha franciscana" y curiosidad laboriosa. En las siguientes líneas lo recuerda con cariño.

VICENTE ROJO: MEMORIA Y ESTAMPA

GERARDO DE LA CRUZ
@gdelacrux

El nombre de Vicente Rojo me ha acompañado con fuerza desde la infancia. El papá de uno de mis mejores amigos solía prestarme enciclopedias maravillosamente ilustradas: la de la Guerra Civil Española era mi preferida, porque estaba contada por los vencidos y el comandante supremo de la República, el general Vicente Rojo, era algo así como un héroe trágico. Después comencé a leer uno que otro libro, y al hojear *Cien años de soledad* reparé en el crédito de la portada. Qué fantástico era que un general de la talla de Rojo se dedicara, desde quién sabe dónde, a hacer portadas de libros.

Pronto me quedó claro que este Vicente y mi héroe eran familiares; sin embargo, el traspié fue suficiente para que imaginara al artista (entonces andaría por los cuarenta) como un viejo ermitaño encerrado en su estudio leyendo y releyendo mientras hacía sus portadas.

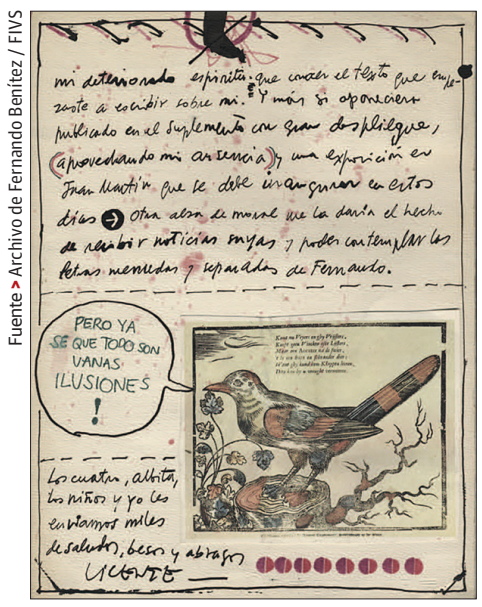
No lo sabía, pero Vicente Rojo, desde el librero de la casa de mi abuela, lleno de títulos de Joaquín Mortiz comprados en su momento por mis onderas tías (*De perfil*, por supuesto), o desde la apretada estantería de las librerías de viejo de Donceles, que solía recorrer con los amigos de la adolescencia, se convirtió en una compañía frecuente y seductora, como si sus carátulas y su característica manecilla, me dijeran "tómame".

A través del diseño Vicente Rojo se convirtió, para varias generaciones de lectores, en una callada pieza clave de nuestra educación sentimental. Su impronta no se cuenta sólo a través de las diferentes colecciones que creó o en las que participó, ni a través de su obra plástica, igualmente diversa e inconfundible. A su geometría artística hay que añadir la de numerosas publicaciones periódicas: *México en la cultura*, *La cultura en México*, las revistas *de la Universidad* y *Bellas Artes*, *La Jornada*, etcétera. Creció al amparo de los rotativos, de la mano de Miguel Prieto al principio, y de Fernando Benítez, quien insistía en que el texto era tan relevante como la imagen. La relación con sus colaboradores de trabajo, como Benítez, Monsiváis, Pacheco o Paz, de diferente manera, estuvo "formada por la imagen y la palabra", a decir de Rojo. Y en el caso de Benítez, un buen tramo de sus biografías puede contarse a partir de la del otro, como lo expresó Vicente en diciembre de 2011, en una carta abierta a "su hermanito" con motivo del centenario de su nacimiento.

En este punto lo conocí. Stasia de la Garza, entonces coordinadora de Literatura del INBA, solía acompañar los homenajes nacionales con exposiciones literarias, que yo desarrollaba. El de Fernando Benítez no fue la excepción, por una parte contó con una mesa que reunió, por última vez, a Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco y Vicente Rojo, además de Fernando Canales (cómplice y mecenas de la llamada *mafia cultural*), Carlos Slim y Vicente Quirarte como moderador; por otra, se montó una exposición documental que gracias a la orientación de Vicente y el material que aportó, adquirió su justa dimensión, convirtiéndose a la vez en un homenaje a la vida cultural del México de la segunda mitad del siglo XX. Si bien Benítez guiaba este recorrido, la risueña figura de Rojo aparecía aquí, allá y en todas partes.

Para mí, encontrarme con este caballero menudo, de facha franciscana, "vestido de harapos" —como le reprochaba Benítez— en su ermita-estudio, a unos meses de cumplir ochenta años, fue una experiencia extraordinaria. La imagen se acercaba más a la que me había hecho de él desde niño que a la del hombre en mangas de camisa en la redacción de *Siempre!* retratado por Héctor García. Mi supuesto ermitaño era como una hormiga laboriosa, callada y afable, inquieta y abrumada por el caos de mi interrogatorio —sin grabadora de por medio, a petición suya. Él transformó el resultado de ese encuentro, con gran oficio, en la carta abierta "Lecciones de vida" —disponible en internet— que leyó en la Sala Principal del Palacio de Bellas Artes.

> "SE CONVIRTIÓ EN COMPAÑÍA SEDUCTORA, COMO SI SUS CARÁTULAS, Y SU CARACTERÍSTICA MANECILLA, DIJERAN 'TÓMAME'".



Fuente > Archivo de Fernando Benítez / FIVS

Vicente Rojo, Carta *collage* para "Fernando y Georgina" Benítez, detalle.

El día del homenaje, colgado del brazo de Bárbara Jacobs, Rojo recorrió y comentó una a una las fotografías y los documentos exhibidos; luego llegaron Fuentes, José Emilio y Cristina, Slim, los funcionariotes de la cultura, y la reducida Sala Adamo Boari, que albergaba la muestra, empequeñeció aún más. Pero Vicente seguía desplazándose entre las vitrinas de la exposición como en las galerías de su memoria, hasta que llegó a una preciosa carta *collage* destinada a "Fernando y Georgina" Benítez, datada en París en 1971, en la cual da razón puntual de cuánto ha viajado, lo mucho que extraña a "la palomilla", su "patria" ("sin ustedes ¿qué sería de nuestro México?"), las exposiciones vistas y su decepción al comparar su trabajo con los grandes maestros: "Siento que nada de lo que he hecho sirve para nada". Después de un rato de contemplar la pieza, torció la boca y exclamó, resignado: "Es una lástima, ha perdido el sello". Se refería al vacío dejado por una estampilla que se había desprendido de la carta. No recordaba el desasosiego confesado a Fernando, ni la ilusión que le hacía regresar a México, pero tenía perfectamente claro qué le hacía falta a su pieza de arte.

Después vino la charla en que recordó cómo en la celebración de los ochenta años de Benítez no pudo contener el llanto cuando Fernando abundó en su amistad de tanto tiempo. Y ahora que hemos perdido definitivamente a Vicente Rojo, pienso que algo similar le ocurre a la cultura en México: le resulta imposible contener el llanto.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@Charfornication

DAR EL TARJETAZO

GRACIAS A DIOS no tengo tarjeta de crédito.

Todos los días recibo una llamada de un banco ofreciéndome una. Ni mi madre me procura tanto. Ni Slim. Ni mis exesposas.

Una personalidad adictiva como la mía y una tarjeta no son buena combinación. Mi vida podrá ser laxa en varias áreas pero existen dos o tres preceptos que no rompo jamás. Uno es no intentar administrar una tarjeta de crédito.

El sueño de muchos de mis amigos es que los dílers acepten pago a tres, seis o doce meses sin intereses. Por suerte no es posible. Ni tampoco pagar *escorts*.

Atravieso por un momento de mi vida en que me resulta peligrosísimo tener dinero en las manos. Mi adicción al vinil ha alcanzado niveles insanos. No miento si afirmo que haciendo cuentas he gastado más dinero en LP's que en cocaína. Tómese en cuenta que en algunos círculos la coca es sinónimo de Carlos Velázquez.

Tampoco es un secreto que tengo problemas con mi manera de beber. Soy un borracho. Y mi trabajo es beber. No siempre con responsabilidad. Me resulta complicado cuantificar el dinero que he gastado en alcohol a lo largo de mi vida. Esto gracias a que cientos (o quizá miles) de borracheras me las han patrocinado editores, amigos y hasta desconocidos. No sé qué le provoco a las personas que algunas han afirmado que apenas me ven les entra sed de la mala. Y a otras ganas de cantarme: "porque eres un drogo, un drogo que siempre ha vestido piel de oveja".

No soy tan estúpidamente optimista para asegurar que se acerca el final de la pandemia, pero sí que la gente ha dejado de tenerle miedo. Y con la cantidad de vacunados e inmunizados nos acercamos a lo que muchos hemos esperado: recuperar los espacios públicos. Traducción: los fans de la música suspiran por el regreso de los conciertos.

Hace unos días platicaba con un compa de todo el desgarriate que va a ocurrir cuando por fin se termine la pandemia, por ai del 2025. Pese a las predicciones de que la realidad va a ser distinta, el contacto entre personas no volverá a ser igual y nos temeremos unos a otros, sobre la atmósfera reina el presentimiento de que nos lanzaremos en picada sobre la vida que nos fue arrebatada y todo mundo se dará con todo mundo y habrá tantos conciertos y eventos que lo que le faltará a uno es tiempo y dinero.

Pero mientras eso ocurre, las agencias que organizan los conciertos ya están relamiéndose. Del futuro próximo aún no se sabe. Sin embargo, ya se ofrecen boletos para conciertos y festivales hacia finales de año, obvio con el *warning* de que están sujetos a cómo se encuentre la pandemia a esas alturas. Es por ello que agradezco no tener una tarjeta de crédito.

Fuente > konfio.mx

"ME RESULTA PELIGROSÍSIMO TENER DINERO. MI ADICCIÓN AL VINIL HA ALCANZADO NIVELES INSANOS".

Yo he hecho de todo una droga. De la paternidad, de la música, de los libros, del sexo, del alcohol, de Nirvana, de las drogas mismas. Y por supuesto que haría lo mismo de una tarjeta de crédito. Ustedes se preguntarán cómo un adicto a los conciertos no tiene una. Pues porque las pocas ocasiones que ha sido necesaria he requerido la generosidad de mis amigos.

Decía Pedro Lemebel que la meditación trascendental le producía vértigo. A mí me lo produciría deber los 400 mil varos que debe un editor que conozco (de cuyo nombre no me está permitido acordarme pero ya se imaginarán quién es). Y es que en este momento no puedo ver anuncio de un concierto a fin de año porque la malilla empieza a carcomerme. Mis ansias por llenar el vacío al que hemos estado sometidos todos estos meses. Días y noches en que no me he rehabilitado. Todavía no llego a ese momento al que han arribado muchos conocidos: dejar de asistir a conciertos.

A lo que no me he podido resistir es a la insistencia de mis amigos que sí tienen tarjeta. Dos o tres veces a la semana me llaman para preguntarme si ya vi el anuncio de tal o cual banda. Sí, les respondo. Pero todo es un supuesto. Mientras se llevan a cabo o no los organizadores de toquines ya se embolsaron la lana. No les importa, la ilusión es más fuerte que otra cosa. Te compro un boleto, me preguntan. Ándale, me lo pagas luego. Al cabo que paso la tarjeta a meses.

Quién soy yo para acabar con sus ilusiones. Sí, respondo, da el tarjetazo. No tengo tarjeta de crédito pero ya estoy embarcado de aquí a dos años con boletos de eventos que no están confirmados. Todo sea por no quitarle a mis compas el poder de dar el tarjetazo.

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA
@rogeliogarzap

LOU OTTENS

MURIÓ EL CREADOR del casete y el disco compacto, Lodewijk Frederik Ottens, a los 94 años de edad en Holanda. El ingeniero de Philips a cargo del desarrollo de productos cambió la industria tecnológica del audio con el magnetófono de carretes portátil, EL3585. Después cambió la industria del entretenimiento y la forma de escuchar la música. Sólo quería llevar el magnetófono en la bolsa de su chamarra. Y lo logró con el casete y la grabadora EL3300.

A Ottens se le considera un amante de la tecnología y la música. Desde su creación en 1963 como un dispositivo pequeño, práctico y accesible, el casete hizo portátil la música y le dio alcance masivo, incluida la ex-Unión Soviética. Una democratización musical, gracias a la cual más personas tuvimos acceso a ella. Con la aparición de la cinta virgen en 1974, el casete abrió las posibilidades infinitas de la personalización. Además de hacer cientos de copias de un disco, cualquiera podía hacer grabaciones en vivo, del radio, la tornamesa, los ensayos y otras fuentes para hacer demos, grabaciones piratas, mezclas y cintas personales. Con el casete como lienzo musical en blanco que se puede grabar y regrabar surgió la cultura del *mix tape*, la base de las *playlists* actuales que los dispositivos y las plataformas utilizan para ordenar y administrar la música. El casete es una herramienta de los diyeis y punta de lanza en el desarrollo de movimientos musicales como el punk, el hard core y el hip hop. También fue y será el alma de la grabadora y el Walkman, otro invento que nos cambió el hábito de escuchar la música, diseñado en función del *tape*.

Fuente > techie.mx

"CON LA APARICIÓN DE LA CINTA VIRGEN, EL CASETE ABRIÓ LAS POSIBILIDADES DE LA PERSONALIZACIÓN".

Lo irónico de Ottens es que él mismo contribuyó a crear el siguiente formato que sacó de circulación comercial al casete: el disco compacto. Ottens dirigió al equipo que desarrolló el CD entre Philips y Sony antes de lanzarlo en 1982. Al final corrió con la misma suerte que el vinil y el casete cuando aparecieron la reproducción de MP3 y el *streaming*.

Se afirma una y otra vez que el regreso de los formatos análogos es producto de la nostalgia. Ottens lo consideraba una necedad. Es un regreso que no terminará pronto. Cada día más disqueras y artistas prefieren este formato por económico y encantador para los sentidos. Desde los independientes hasta los gigantes como Björk, que recién lanzó su discografía completa en casete. Ottens esperaba que su invento tuviera éxito, "pero no esperaba una revolución". Necio como soy, conservo más de quinientos y el año pasado me regalaron unos cuatrocientos más. Quizá Ottens no lo supo, pero su invento nos salvó la vida a millones de personas. Voy a poner unos casetes en su honor.

ESGRIMA

Por
RAÚL SILVA

JOHN GIBLER: "ESCRIBIR ESCUCHANDO"

Una historia oral de la infamia. Los ataques contra los estudiantes de Ayotzinapa es el testimonio de una atrocidad contada desde el dolor de las familias de los muchachos desaparecidos. John Gibler, periodista de origen norteamericano que ha elegido internarse en el México profundo con un sentido de compromiso y riesgo, se acercó a sobrevivientes y familiares para dejar que sus voces constataran la dimensión de una de las tragedias más devastadoras en la historia reciente de nuestro país.

En el prólogo de* Una historia social de la infamia *hablas de "escribir escuchando". ¿Cómo articulas este propósito?
Surge para mí como una especie de provocación. Pensaba en los principios zapatistas; quizá uno de los más famosos es "mandar obedeciendo" y al reflexionar sobre la escritura de experiencias ajenas nació el concepto escribir escuchando. Primero fue la inquietud: ¿cómo podría *escribir escuchando*? Parece que estoy uniendo dos elementos contradictorios, pero de esa posible contradicción pueden nacer otras maneras de hacer las cosas. Creo que implica no sólo hacer preguntas y callarme mientras la persona responde, sino escuchar atendiendo a elementos para una narrativa. En el caso de los ataques en Iguala, busqué con otros periodistas información dura sobre quiénes fueron, dónde y cómo los atacaron, con qué armas, a qué hora. Esa documentación es urgente para buscar a los desaparecidos y para combatir la mentira estatal que se lanzó casi de inmediato y se ha sostenido por años, hasta hoy.

La agresión contra los estudiantes de Ayotzinapa no ha terminado...
Sin lugar a dudas, y en el caso concreto de los ataques contra ellos se trata de violencias simultáneas, ejercidas en múltiples dimensiones. Los atacan, los insultan, matan a seis personas esa noche, hieren gravemente a muchas más, a una de ellas la asesinan, la mutilan y dejan sus restos en una forma teatral, cruel, al lado de un pequeño basurero en uno de los lugares de los ataques y, por supuesto, desaparecen a los 43 estudiantes. Pero la agresión no termina ahí, luego viene la dimensión burocrática y administrativa del dolor: se trata de años de mentira, falsificación de testimonios a través de la tortura, un trato brutal hacia familias que buscan a sus hijos y lo mismo hacia otras que están en duelo. También hay familias que están cuidando a personas gravemente heridas, como el caso de Aldo Gutiérrez, que quedó en condición vegetativa. Son incontables los niveles de violencia ejercidos de forma simultánea y no solamente eso: todo ellos se realizaron, desplegaron y administraron desde las instituciones del Estado.

El silencio es poderoso y se expresa de manera implacable. En ese* escribir escuchando*, ¿qué papel ha tenido lo no-dicho?
Siempre intento ser consciente y respetuoso del poder del silencio, para mí es parte esencial de las historias. Allí donde alguien no puede o no quiere hablar, donde se le olvidó algo o se le quiebra la voz... Los silencios son parte de la experiencia vivida, de la realidad, creo que es importante buscar maneras de relacionarse con ellos. Quizá no sean evidentes para muchos, pero creo que muchos lectores sí palpan las maneras de compartir vacíos dentro de un texto.

Con base en tu trabajo sobre Ayotzinapa, ¿cómo te explicas lo ocurrido?
A partir de un análisis de las evidencias y la documentación que ha llegado a mis manos, creo que esa noche alguien de muy alto nivel del gobierno

Fuente > thewilddetectives.com

federal, muy posiblemente desde el ejército, dio la orden de parar a los estudiantes que viajaban en los camiones y hacerlo antes de que salieran de Iguala, sin importar si los mataban. Antes de las diez de la noche, los cinco camiones habían sido detenidos por elementos de las policías estatal, municipal y federal, en varios puntos de la ciudad. Después, entre las diez y once de la noche, una o varias personas en esa cadena de mando —de nuevo, lo más probable es que dentro del ejército— decidieron desaparecer a los 43 estudiantes. Me parece que quien tomó esa determinación sabía exactamente quiénes eran. Luego todo el Estado se movilizó para proteger a los perpetradores de todo, para mentir sobre los hechos.

Cuando los burócratas entran en juego para proteger a policías, soldados y hombres vestidos de civil que llevaron a un paradero desconocido a los muchachos, esos burócratas también son responsables de la desaparición. Se trata de un mismo delito, es la misma atrocidad, la misma violencia de la desaparición forzada, salvo que los policías usaron patrullas y armas, mientras oficiales, burócratas y políticos usaron laptops, oficinas, conferencias de prensa, oficios.

Asimismo, sigo pensando que el detonante pudo ser la hipótesis del grupo interdisciplinario de expertos según el cual los estudiantes, sin saberlo, interceptaron un camión con cargamento oculto de droga cuyo destino era Estados Unidos. ¿Cómo nació esa hipótesis? Encontraron mucha información en cortes de Chicago, testimonios de personas que describen cómo se usan camiones de transporte público para mover heroína de Guerrero hacia la frontera norte, en específico a Chicago.

¿Algo ha cambiado en la investigación con el gobierno de López Obrador?
El presidente ha articulado su compromiso de investigar el caso, aunque no lo ha hecho con tantísimas otras atrocidades sistemáticas, como el feminicidio o la desaparición forzada. Además, esta administración se ha distanciado del manejo nefasto del gobierno de Peña Nieto y ha girado órdenes de aprehensión contra varios funcionarios claves, aunque creo que falta actuar contra muchos otros.

Por otro lado, las violencias ocurridas durante los ataques, la noche del 26 al 27 de septiembre de 2014, son profundas, están muy arraigadas en la institución del Estado en muchas partes del mundo. Lo mismo está pasando en Colombia, donde a pesar de tener un supuesto Tratado de Paz están asesinando a más líderes campesinos e indígenas que nunca. ¿Y qué pasa en Estados Unidos con los asesinatos de personas de color, a manos de policías blancos? De nuevo se desnuda el racismo institucional y cultural que ha sido parte de la supremacía blanca, pero sobre todo de las mismas instituciones estatales, incluso desde la formación de aquel país. Es decir, hablamos de problemas en el ejercicio del poder a través de la violencia y la ilegitimidad que son parte profunda del actuar de los Estados contemporáneos. Algo que no va a cambiar fácilmente.

"SON INCONTABLES LOS NIVELES DE VIOLENCIA EJERCIDOS DE FORMA SIMULTÁNEA, TODOS ELLOS DESDE LAS INSTITUCIONES DEL ESTADO"